

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXIV

LA EJECUCIÓN DE MAXIMILIANO

Se han escrito muchas historias absurdas ingeniosas y emocionales sobre la muerte de Maximiliano. Aunque hubo un excepcional cambio de parecer en las últimas declaraciones del principesco aventurero, y las circunstancias que acompañaron a su ejecución despertaron un enorme interés, la disposición poética y dramática que poseía, no la moral, fue la que inspiró tantos intentos de representarlo como héroe o mártir.

Durante dos meses el caprichoso emperador de México soportó el sitio de Querétaro. En el curso de ese periodo a los habitantes de la ciudad los robaron, los golpearon, apresaron y asesinaron. Todo varón que vivía en Querétaro que tuviera entre 16 y 60 años tenía la obligación de servir en su guarnición. Las tiendas y residencias fueron objeto de saqueos y a las personas las despojaron vergonzosamente de sus posesiones, a fin de que los soldados estuvieran cómodos.

Hacia mediados de mayo, sus dos generales principales, Miramón y Mejía, habían planeado hacer una salida forzada de la ciudad, con la esperanza de salvar a su señor. Un día tras otro pospusieron el plan, ya que Maximiliano estaba ocupado distribuyendo condecoraciones y necesitaba tiempo para decidir qué honores conceder a sus favoritos. Su

edecán, el príncipe de Salm Salm, ha hecho una descripción gráfica del joven y alto usurpador austriaco, de ojos azules y barba rubia, inmerso en el estudio de los honores de la corte mientras la población indefensa que lo rodeaba pedía pan a gritos y sufría los horrores del pillaje militar.

De vez en cuando iba a un jardín público situado en la parte de atrás de la catedral y se sentaba a la luz del sol en el borde de una vieja fuente, ocioso, soñador, voluptuoso, indeciso, aun cuando el ejército del general Escobedo estaba bombardeando la ciudad y el paciente Díaz acampaba inexorable en las inmediaciones de la capital.

En la noche del 14 de mayo, Maximiliano envió en secreto al coronel Miguel López a ver al general Escobedo. Pidió al comandante republicano que le permitiera salir de Querétaro con cincuenta montados para llegar a la costa y dejar México, con la promesa de no regresar jamás. Sin embargo, tuvo buen cuidado de ocultar a sus generales su intención de abandonarlos y salvar su propia vida. El hecho de que el emperador estaba dispuesto a abandonar a sus leales seguidores, y que comprendía muy bien su conducta traicionera, queda de manifiesto con la nota que le escribió al coronel López:

Estimado coronel López: le encargamos que observe el máximo secreto con respecto a la comisión que le damos para el general Escobedo, porque de divulgarse, nuestro honor quedaría manchado.

Afectuosamente,

MAXIMILIANO

La perfidia del emperador puede apreciarse cuando se comprende que el mismo día en que envió al coronel López a negociar su escape, en realidad celebró un consejo de guerra donde se decidió que toda la guarnición de Querétaro debería tratar de romper el sitio al día siguiente.

Se ha acusado al coronel López de aceptar un soborno de \$30 000 para entregar la ciudad. Esto lo negó muchos años después el general Escobedo. El presidente Díaz dice que Escobedo le informó en privado que, unos cuantos días después de la caída de Querétaro, López hizo un sincero intento por salvaguardar la vida de Maximiliano y sólo después

de enterarse que resultaba inútil seguir suplicando fue cuando rogó por su propia vida, conviniendo en ayudar al ejército republicano a tomar la plaza.

Antes de despuntar el 15 de mayo de 1867, Escobedo atacó la ciudad. El coronel López, comandante de una parte de la línea imperialista de defensa, permitió que las tropas republicanas se volcaran en Querétaro a través del cementerio del Convento de la Cruz. Maximiliano estaba dormido en ese convento. El sonido del combate lo despertó, se vistió y salió corriendo, preparado para huir, sólo para encontrar que el lugar estaba en posesión de los soldados republicanos. Casi de inmediato Miramón y Mejía estaban a su lado. El emperador vestía una túnica azul, pantalón azul con franja dorada y botas altas antiguas de caballería. Su rostro estaba pálido, parecía enfermo aun cuando preguntó a Mejía si sería posible atravesar las líneas republicanas.

El general indígena movió la cabeza. El final había llegado. El príncipe de Salm Salm dice que cuando los soldados bloqueaban el camino de su jefe, aquél levantó uno de los revólveres del emperador y que Maximiliano se lo prohibió con un gesto.

El general Corona apareció entre las masas de la infantería de patriotas. Maximiliano, quien había amarrado un pañuelo a su fuste como signo de tregua, desenvainó su espada y se la ofreció al general republicano presentándose pedantemente como emperador de México; pero Corona le informó que él no era tal emperador sino un mexicano y un prisionero.

Con la muerte frente a él, Maximiliano intentó por pura astucia evadir el castigo por sus crímenes contra el pueblo de México. Cuando le informaron que debía enfrentar un juicio, declaró con frialdad que no era emperador de México, sino que al haber abdicado dos meses antes, no pasaba de ser un archiduque austriaco con estancia temporal en México. Esto pese a que dos días antes de su captura todavía estaba entregando condecoraciones mexicanas imperiales. Exigía con altivez que como archiduque del imperio austriaco le otorgaran un salvoconducto para llegar a la costa y le permitieran regresar a su país.

Es verdad que Maximiliano había firmado un documento de abdicación, pero lo escondió y en el propio instrumento mostraba que había designado regentes que perpetuaran su imperio en caso de que muriera.

Aunque conforme a la ley mexicana aprobada en 1862 el prisionero podía haber sido pasado por las armas en un plazo de 24 horas, el presidente Juárez ordenó que a él, junto con Miramón y Mejía, lo juzgaran públicamente en una corte marcial.

Los cargos contra Maximiliano fueron: invadir el país sin derecho; llamar a extranjeros para que lo ayudaran en esta guerra injusta; destruir la Constitución y las instituciones del país; destrozar las vidas y bienes de los mexicanos; decretar el brutal asesinato de los mexicanos que defendían su país; autorizar que sus soldados destruyeran pueblos y ciudades mexicanos; alentar a las tropas extranjeras para que mataran miles de ciudadanos; y, cuando ya no contaba con el apoyo de tropas extranjeras, emplear a traidores mexicanos para mantenerlo en su usurpación del poder hasta el momento mismo en que lo había vencido la fuerza.

Con un valor digno de mejor causa, la hermosa princesa de Salm Salm intentó varias veces salvar la vida de Maximiliano. Logró entrar al convento donde estaba prisionero, y mientras lo ayudaba, junto con su esposo, planearon su escape. El príncipe de Salm Salm declara en su diario publicado que al prepararse para huir, el prisionero intentaba dirigirse a Veracruz. “En esa ciudad —dice— el emperador esperaba encontrar más de un millón de dólares en el erario y como los mexicanos carecían de flota para impedirlo, podría conseguir provisiones de La Habana y tropas del estado de Yucatán que estaba de su lado. Así podríamos aguantar cuando menos un año, mientras Miramón y Mejía estaban ocupados en el país.”

La princesa intentó sobornar al coronel mexicano que estaba encargado de los prisioneros, ofreciéndole dos pagarés de la familia imperial austriaca por valor de \$100 000 cada uno, firmados por Maximiliano y en los cuales además puso su sello. El prisionero había sobornado a los guardias del convento. En otra ocasión, cuando todo estaba listo para la huida de Maximiliano, con los caballos listos y una escolta proporcio-

nada en secreto, Maximiliano no sólo había declinado cortar su larga barba, de la que estaba muy orgulloso, sino que en el último momento informó con desgano a sus supuestos salvadores que había decidido no escapar esa noche. El coronel a quien la princesa le había ofrecido un soborno de \$200 000 reveló la conspiración al general Escobedo, y ese oficial, diciéndole de manera cortante que el aire de Querétaro no le sentaba, la expulsó del lugar.

A Maximiliano le permitieron seleccionar a sus abogados defensores, pero cuando se acercaba la fecha del juicio, declinó comparecer ante los jueces alegando enfermedad. Se negó a reconocer la autoridad del tribunal y tuvo la audacia de escribir una nota donde pedía a los jueces que se declararan incompetentes para juzgarlo. Sin embargo, todos los subterfugios fueron vanos y después de una vista completa e imparcial, Maximiliano, Miramón y Mejía fueron declarados culpables y sentenciados a muerte el 14 de junio de 1867.

Se hicieron esfuerzos extraordinarios para salvar a Maximiliano de su destino. La reina de Gran Bretaña y Napoleón III apelaron al presidente Juárez a través del gobierno de los Estados Unidos. El emperador de Austria también abogó por la vida de su hermano cautivo, con el ofrecimiento de restituirle todos sus derechos en Austria y garantizando que nunca regresaría a México. Víctor Hugo le escribió una carta conmovedora a Juárez. El presidente de los Estados Unidos se unió a la apelación, pero no en forma enérgica.

El presidente a quien Maximiliano había ordenado que mataran cuando lo capturaran, aplazó el día de la ejecución, pero declinó entrometerse en el curso de la justicia. A través de su ministro, Lerdo de Tejada, declaró que el carácter del prisionero no era de fiar en absoluto y, por lo tanto, no era posible tener la certeza de que se abstendría de intentar algo más en la nación mexicana. Los soberanos de Europa no podían otorgar una garantía confiable de que Maximiliano no emprendería una nueva invasión del país. La existencia de México como nación independiente no podía abandonarse a lo que quisieran los gobiernos de Europa. Durante cincuenta años México había seguido una política de transigir y perdonar. Como resultado hubo constantes guerras

y anarquía. El perdón de Maximiliano no sólo provocaría confusión e incertidumbre política en México, sino que animaría a Europa, donde no estaban dispuestos a considerar que los mexicanos eran dignos de formar una nación y veían a las instituciones republicanas como el sueño de los demagogos, a enviar nuevos ejércitos al otro lado del mar so pretexto de civilizar al país.

El día de la ejecución se fijó finalmente para el 19 de junio. La noche anterior a la tragedia, la princesa de Salm Salm, estadounidense que no renunciaba a la lucha, hizo una última apelación al presidente Juárez en San Luis Potosí. En su interesante libro describe su entrevista con el indígena de gran corazón, cuya muerte Maximiliano había decretado con tanta crueldad:

Eran las ocho de la noche cuando fui a ver al Sr. Juárez, quien me recibió de inmediato. Se veía pálido y reflejaba sufrimiento. Con labios temblorosos, abogué por la vida del emperador, o al menos un aplazamiento. El Presidente dijo que no podía concederlo; no prolongaría más su agonía; el Emperador debe morir mañana.

Cuando oí estas crueles palabras sentí un enorme pesar. Temblando de pies a cabeza y sollozando, caí de rodillas y supliqué con palabras que me salían del corazón, pero que no puedo recordar. El Sr. Juárez trató de levantarme, pero me abracé convulsivamente de sus rodillas y le dije que no me iría sin que concediera el perdón. Observé que el Presidente estaba conmovido; tanto él como el Sr. Iglesias [el Ministro de Justicia], tenían lágrimas en los ojos, pero me respondió con voz baja y triste: "Me siento apesadumbrado, señora, de verla arrodillada frente a mí; pero si todos los reyes y reinas de Europa estuvieran en su lugar, no podría salvarle la vida. No soy yo quien se la quita, el pueblo y la ley lo hacen, y si no cumplo la voluntad del pueblo, éste se la quitará y a mí también."

Esa misma noche Maximiliano se sentó en su pequeña celda conventual y le escribió una breve nota al presidente:

Querétaro, 19 de junio de 1867

Señor don Benito Juárez:

A punto de morir, como consecuencia de haber tratado de descubrir si las nuevas instituciones políticas pondrían fin a la sangrienta guerra civil que por tantos años se libraron en esta tierra desdichada, con gusto ofrendo mi vida si el sacrificio trae paz y prosperidad a mi país de adopción. Con la profunda convicción que nada duradero puede construirse sobre un suelo empapado en sangre y desgarrado por violentas conmociones, le imploro de la manera más solemne, y con la seriedad propia de mi posición, que mi sangre sea la última que derramen y que, con la perseverancia con que usted ha mantenido su causa (y que con todo gusto reconocí y valoré en mi prosperidad), se consagre a la noble tarea de la reconciliación y de establecer una paz y tranquilidad permanentes en este país infeliz.

MAXIMILIANO

Previamente había escrito la siguiente nota enternecedora a su demente esposa Carlota:

Mi amada Carlota:

Si algún día Dios te permite recuperarte, sabrás de la creciente desgracia que me ha seguido desde que partiste a Europa; te llevaste mi alma contigo. Tantos golpes inesperados han destruido mis esperanzas, así que la muerte es un gozoso alivio más que una agonía. Muero gloriosamente como soldado y como rey, derrotado mas no deshonrado. Si tu sufrimiento es tal que Dios te llame a mi lado, bendeciré la mano divina que se ha posado sobre nosotros con tanta fuerza. Adiós. Adiós.

Tu desventurado MAXIMILIANO

Poco después del alba del 19 de junio de 1867, Maximiliano, con Miramón y Mejía fueron conducidos en un coche al Cerro de las Cam-

panas, a las afueras de la ciudad, donde congregaron a 4 000 soldados de la república para que los vieran morir. Se dice que en el trayecto, Mejía trató de aliviar las últimas horas de su jefe diciéndole que Carlota había muerto. Durante todo el pavoroso espectáculo este valiente pero equivocado general, a quien el príncipe de Salm Salm describió como un “pequeño indígena feo, notablemente amarillo, de unos cuarenta y cinco años, de boca enorme y con unas cuantas cerdas a manera de bigote”, se comportó con dignidad silenciosa. Muchos días antes, el general Escobedo le había ofrecido la posibilidad de escapar, pero rehusó hacerlo a menos que Maximiliano se fuera con él. El presidente Juárez le ofreció en privado perdonarlo, pero se negó a aceptar el perdón.

Los tres hombres fueron llevados cuesta arriba hasta un muro de adobe y se pararon uno al lado del otro. Se abrazaron y vieron al cielo; un sacerdote permaneció cerca de ellos. Maximiliano, a quien colocaron entre sus compañeros, cedió el lugar de honor a Miramón, quien declaró a voz en cuello que nunca había sido un traidor, pidió que no se manchara su nombre ni el de sus hijos y gritó, “¡Viva el emperador!”

Maximiliano se dirigió entonces a las tropas y la enorme multitud silenciosa se reunió del otro lado. Con voz sonora y una dignidad más principesca que nunca antes había mostrado en su carrera, declaró que moría por la independencia y la libertad de México. Estaba destinado a ser benefactor o mártir. Esperaba que su sangre fuera la última que derramaran para bien de su país de adopción. Luego avanzó y entregó unas cuantas monedas de oro a cada soldado del pelotón de fusilamiento. Por petición de él no le vendaron los ojos. Mirando directo a la cara a sus ejecutores, les pidió que no le dispararan al rostro para que su madre pudiera reconocer su cadáver y colocando las manos en su pecho e irguiéndose, esperó los disparos que pusieron fin a la escena.

Se ha dicho muchas veces y por lo general se cree que si Maximiliano hubiera estado en manos del general Díaz, no lo habrían ejecutado. Quien esto escribe mencionó esta idea al presidente Díaz hace apenas unos meses. Por un momento miró serio hacia abajo, obviamente conmovido por la afirmación. Después me miró a los ojos y dijo:

Creo que hubiera consentido en su muerte en ese momento, no como venganza, sino como necesidad nacional, como un medio para terminar con el espíritu revolucionario en el país. De hecho, estoy muy seguro de que, de haber estado en mis manos, la suerte de Maximiliano no habría sido distinta. La vida de una nación es más importante que la vida de cualquier individuo. Sin embargo, —y sus grandes ojos brillaron al tiempo que colocaba las manos atrás y enderezaba su ancha espalda— me da gusto que la responsabilidad de su ejecución no fuera mía.

Antes de la muerte del ministro de Relaciones Exteriores de Juárez, Lerdo de Tejada, le expresó a un amigo su satisfacción de que la emperatriz Carlota no estuviese en México al finalizar el imperio; “nos hubiéramos visto obligados a ejecutarla también a ella”, dijo.